

Bajo la mirada del anaranjado atardecer,
arropada por una leve y calurosa brisa,
se alzaba, sobre aquella ciudad de polvo, la Koutubia.

Aun escondiéndose tras las palmeras adormecidas
y mientras me embriagaba el serpentear de las flautas,
tal era su grandeza que el dolor escapó de su jaula.

Y fue entonces, en aquella plaza de Marrakech,
anonadada por el olor a gasolina y la música,
que entendí que ese era el lugar al que siempre regresaré.

